



Roberto Burgos Cantor: paridor de continuadores

Mario Alberto Price
Escritor
Especialización en Creación Narrativa
Universidad Central

La nuestra es una época consagrada a la velocidad. Casi no hay tiempo para que algo madure. Cada cosa se vuelve desechable en un abrir y cerrar de ojos. Es una época en la que, como dice el escritor Arturo Guerrero, “la actualidad está plagada de acción, hasta el punto de que se ha encumbrado al máximo estrado de la atención y de la estima al cine y a la novela de aventuras”. La humanidad, sigue diciendo Guerrero, “está ávida de hechos”, al punto que “al elenco de las adicciones que imperan, podría añadirse el vicio de la acción como espectáculo”.

Ese espíritu de época se expresa en la literatura. Casi del mismo modo como se menosprecia y desaloja del ámbito de la estética a las mujeres carnosas, el gusto modelado por los medios audiovisuales pide que la prosa sea magra, huesuda, sin robustez. Vertiginosa. Que mantenga la adrenalina al tope.

Esta fórmula literaria, en su expresión más extrema, ha hecho que el éxito comercial de algunas novelas se deba a que fueron pensadas para el cine y diseñadas como libretos cinematográficos.

Tal es el contexto en el que algunos críticos pretenden que la reflexión sea desterrada de las novelas y que se separe de manera radical prosa y poesía. La poesía, oscura, hermética, sonora, misteriosa, es un obstáculo para la narración. El lenguaje debe servir a la trama y el suspenso, cuyo fin es entretener y divertir.

Así las cosas, resulta sorprendente, pero a la vez gratificante, que Roberto haya escrito una novela en contravía de las tendencias mencionadas.

La Ceiba de la memoria es una novela densa y pausada, que no tiene como propósito acelerar los latidos del corazón ni mantener la adrenalina en su más alto nivel. Es una novela en la que se produce una espléndida aleación entre poesía y prosa, pasión y reflexión. Sus frases largas, pulidas y envolventes, no permiten que el lector se precipite. Imponen un deber, establecen un pacto: ser leídas paso a paso, palabra a palabra, como en una especie de caminar contemplativo.

Por ello, no es una novela para los amaestrados en la precipitud y el vértigo. Reclama lectores pacientes, con tiempo disponible y experiencia en el placer de la lectura. Es como una especie de ostial, puesto ahí para que los buceadores que han recibido el mensaje se sumerjan con deleite a pescar perlas poéticas y conceptuales, verdades de siempre, aunque casi siempre olvidadas.

Roberto planta su poética con frases como estas: “Nombrar es revelación” “La letra salva”. “Las palabras desnudan”.

Lo hace también cuando define al escritor como “un afortunado descubridor de secretos”, y le asigna el oficio de “... trabajar el lenguaje hasta que no sea más que palabras talladas que echan raíces en el espíritu de la época”.

Más aún cuando describe el acto de escribir como un espacio en el cual las palabras, sin guía, trazan rutas inéditas, recién abiertas por la escritura.

Lo sigue haciendo cuando señala que narrar es como poner las vigas y ladrillos del edificio desde adentro y se va haciendo ese caparazón en la cual habita quien escribe. El riesgo es morir aplastado o quedar perdido en la propia construcción, sin ningún destello distinto al del desespero y del fracaso. Riesgo del cual extrae la conclusión de que “...el arte no aspira a la perfección sino al testimonio de su búsqueda”.

Si es cierto que la literatura, como dice Ernesto Sábato, “es quizás la forma más completa y profunda de examinar la condición humana”, Roberto escribe en contravía de quienes pretenden que la literatura solo es pasatiempo y diversión.

En su novela se descubre la continuidad, a lo largo de la historia humana, de la desgracia y la humillación. La esclavitud de los negros, las cárceles secretas del Santo Oficio de la Inquisición, el Holocausto, el hongo atómico de Hiroshima, el NAPALM en Vietnam, los secuestrados en Colombia: una sola historia de dolor que viene desde el fondo de los tiempos.

No hay catástrofes nuevas. Estas reaparecen siempre con otros pretextos. Cambian las máscaras. Y resultan inútiles las predicaciones, los gritos, los raciocinios. La desgracia, al parecer, solo sirve para inspirar buenos relatos. Al final todo queda sumergido en el mar, como un naufragio sin restos.

¿Quiénes hemos estado en clases con Roberto, no podemos dejar de encontrar semejanzas entre él mismo y lo que hemos dicho sobre su novela. Con atrevimiento, podríamos sugerir qué respecto del estilo y del carácter de algunos de sus personajes, la novela es la imagen del autor o que el autor es la imagen viva de la novela.

La primera semejanza que salta a la vista, es el gesto pausado, la serenidad reflexiva. Como en su novela, con Roberto no hay apuros en las clases. Descartada la velocidad, suprimido el vértigo, las ideas tienen tiempo para madurar. Hay espacio para degustarlas.

El respeto, la modestia, la generosidad de Roberto, dan lugar a que todo lo que ocurra en el aula esté lejos de la vanidad, la agresión o la competencia.



Como Thomas Bledsoe, el autor imaginario de *La Ceiba de la memoria*, Roberto es meticulado, perseverante en sus búsquedas e insistente en sus preguntas. Las evidencias, dudas y asombros, quedan consignadas en una libreta, de donde salen al vuelo esas frases certeras y sugerentes, esas interrogaciones cuya respuesta muchas veces es el misterio. Vive, como su personaje, “las tensiones, los delirios y las felicidades propias de la creación literaria”.

En la novela, a Dominica de Orellana le gusta caminar en los atardeceres, dejarse llevar por sus pasos sin ninguna ruta. En ese caminar insta una forma de conocimiento que sustenta sus escritos. Roberto parece hurgado por ese mismo deseo. Circuyendo el salón con sus pasos, atento al habla de sus alumnos, o absorto en sus propios pensamientos fluidos, da la impresión de que contempla desde distintas esquinas, desde diversos ángulos, como Dominica en Cartagena, la ciudad invisible de las palabras.

Viéndolo caminar después, en la noche, dentro de la gabardina y la bufanda, y con un maletín lleno de sabidurías colgado del hombro, observando todo, escrutando el cielo, contemplando el mundo que habita dentro de su piel, se entiende por qué las descripciones detalladas de Cartagena, sus casas, calles, mercados y gentes, no son fruto de la gracia sino de la observación atenta. Y se entiende, también, de qué espíritu contemplativo provienen esos fogonazos de lucidez y de inspiración que hay en casi todas las páginas de su novela.

La Ceiba de la memoria es un coro. Cada personaje tiene su propia voz, su propio tono y estilo. En conjunto, y aunque casi todos hablan para sí mismos, se entran unos con otros. Así ocurre en sus clases. Roberto no pretende ser el centro absorbente y anulador. En ellas cada voz, cada opinión, contribuye al concierto. Medita en voz alta, lee sus notas, y suelta las preguntas. Luego, escucha. Como un partero, ayuda a que de cada quien emerja su propia luz.

Así como a los personajes de su novela, Roberto expresa un profundo respeto por sus alumnos y por sus colegas los escritores. Nunca se le ha oído hablar mal de nadie o de una obra literaria. A unos y otros los trata con cariño y familiaridad. El viejo Poe, el viejo Guimaraes, el viejo Fitzgerald. Nada ni nadie es insignificante.

El respeto, la modestia, la generosidad de Roberto, dan lugar a que todo lo que ocurra en el aula esté lejos de la vanidad, la agresión o la competencia. Por eso, a diferencia de la novela, en las clases de Roberto no hay seres rotos ni humillados. Por el contrario, a todos nos hace posible vivir el gozo de la literatura, la felicidad de la creación.

Con su ejemplo de escritor serio y disciplinado, y con las demás cualidades mencionadas, Roberto es lo que dice Analia Tu Bari de sí misma: un paridor de continuadores.

¿Qué más se puede esperar de un gran escritor cuando le enseña a quienes se están haciendo escritores? **hU**